



tanto llegue mi heroísmo, con algún saldo escrofuloso de casa ducal, no espere él que baje la cabeza ante el escudo de armas, que no hay como el ruido de un buen puñado de libras esterlinas acabaditas de acuñar para ahogar los nobilísimos jemidos ¡ay! de las armaduras herrumbrosas y necesitadas... ¡Marquesitos anémicos de sangre y de bolsillo: aquí está la hija de Pepín el indiano, sana como el agua y con onzas para apedrear! ¡He dicho!

MARCELA

¡Si no es eso, no es eso! ¿A ti no se te enciende la sangre cada vez que uno de ellos se burla de él, como ahora mismo se han estado burlando, como se burlarán dentro de media hora?

ANITA

¡Si lo tomas por lo sentimentall...

MARCELA

¡Es mi padre!

ANITA

¡Y el mfo!

RAMÓN

Esta conversación es indecorosa.

ANITA

¿Porque decimos la verdad?

RAMÓN

Cualquiera que nos oyese ¡qué pensaría de nosotros!

ANITA

¿Porque confesamos ingenuamente que, agradeciéndole mucho á nuestro señor padre el trabajo que se ha tomado por salir de pobre, haciéndonos ricos de paso á nosotros, no le tenemos un amor de los que matan? ¿Porque nos atrevemos á reconocer que sus... ingenuidades nos desconciertan un poco— ya veis si soy fina— y que sus amigos nos molestan un mucho? No, hijo mío, no; la verdad es lo único capaz de rescatar la inevitable miseria de los sentimientos humanos: mirémonos los cuatro cara á cara, y así, francamente, atrevámonos á confesar, aunque le duela un poco á nuestra sensibilidad exquisita, que por un sin fin de motivos casi inconfesables, nos alegraríamos mucho... pero mucho, de que los negocios, los inexorables negocios, hubieran obligado al señor don José González y Gutiérrez á quedarse en América siquiera otra media docena de años. Bajando mucho la voz.

RAMÓN

¡Calla, calla!

AMPARO

¡Estás local

MARCELA

¡Qué miserables somos!

ANITA

No te entristezcas, hija, como todo el mundo.  
Haciendo una seña á Amparo. Y á vestirnos, que ahora sí  
que es tarde. Vanse Amparo y Anita.

MARCELA

¡Tiene razón!

RAMÓN

Tiene razón; pero hay cosas que no deben decir-  
se. Es una chiquilla que me da miedo.

MARCELA

A mí no: ojalá me hubieran educado así. Sabe la  
verdad y tiene el valor de defenderse con ella: será  
feliz. Mirándole fijamente. Y á ti ¿qué te pasa?

RAMÓN

¿A mí?

MARCELA

Sí, á ti: estás preocupado; no hay más que mi-  
rarte, y en resumidas cuentas, esta historia domés-  
tica te importa muy poco.

RAMÓN

Como á ti.

MARCELA

Como á mí.

RAMÓN

¿Qué te pasa entonces?

MARCELA

Lo de siempre.

RAMÓN

Sí, Andrés es un niño que no tiene pizca de ver-  
güenza.

MARCELA

No me lo digas.

RAMÓN

Es que es verdad.

MARCELA

Pero no me lo digas. ¿Qué te pasa?

RAMÓN

A ti no te lo puedo contar.

MARCELA

Porque soy una muchacha soltera. Cuenta, hijo,  
cuenta, que lo sé de sobra.

RAMÓN

¡Tú! ¡Imposible!

MARCELA

¿Que no? Acércate. Le habla al oído. ¡Eugenial

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO GARCÍA ROBLES  
APDO. 1023 MONTERREY, N.L.

32879

RAMÓN

¡Eugenia! ¿Quién te ha dicho?...

MARCELA

¡Ves cómo lo sabía!

RAMÓN

¡Es mentira!

MARCELA

Es verdad... y es también una infamia; pero así va el mundo.

RAMÓN

No es una infamia, porque la quiero y me quiere... y...

MARCELA

Razón de hombre. ¿Y el día en que lo llegue á saber el marido?

RAMÓN

Creo que ya lo sabe.

MARCELA

¡Que lo sabe!

RAMÓN

Si: eso es todo.

MARCELA

¡Jesús! ¿Y qué va á hacer?

RAMÓN

El verá: nada bueno.

MARCELA

En fin, si fueras tú, casi me alegraría. Así acabaréis de una vez.

RAMÓN

¿De querernos?

MARCELA

De mentir, de engañar á la gente, de engañar muy exaltada. ¡que es lo peor del mundo!

RAMÓN

¡Ay, niña, niña, eres inverosímil de buena; pero no tienes pizca de mundo! Ahí viene ese bigardo de Andrés.

MARCELA

Vete entonces, vete; déjam<sup>o</sup> con él.

RAMÓN

Si me quieres creer, mándale á paseo, se lo merece...

Sale.

ANDRÉS, que viene de la calle, se detiene en la puerta; es un muchacho de unos veinticuatro años; elegante sin afectación y muy simpático. MARCELA, que se ha echado á temblar en cuanto le ha visto, hace esfuerzos grandísimos por recobrar siquiera el aspecto de serenidad y sonríe.

ANDRÉS

¿Se puede?

MARCELA

Entra. Andrés le coge las manos y se las besa. Apartándose casi ofendida. ¡Déjame!

ANDRÉS

¿Esas tenemos? Quiera usted una mujer para esto...

MARCELA

¡Si tú me quisieras á mí!

ANDRÉS

¿Pues á quién quiero?

MARCELA

¡Tú lo sabrás! ¡A nadie!

ANDRÉS

¡Ojalá!

MARCELA

¡Ojalá!

ANDRÉS

Quiriendo cogerle otra vez la mano. ¡Y que no está bonita cuando se enfada!

MARCELA

¡No digas tonterías!

ANDRÉS

Y hoy mucho más que nunca, mucho más. A ver esos ojos. ¡Ya lo creo, mucho más negros y más apasionados y más míos que ayer!

MARCELA

Ayer... ¿Qué sabes tú si no los viste?

ANDRÉS

Sin desconcertarse por la equivocación. Tienes razón. Y luego dices que no te quiero; ya lo ves, en estando contigo hasta la idea del tiempo pierdo.

MARCELA

Andrés: ¿por qué no has venido ayer en todo el día?

ANDRÉS

¡Anda, desconfiada, celosa!

MARCELA

¡Si no son celos, bien lo sabes tú!

ANDRÉS

Si me alegro de que los tengas. Sin celos no hay amor. Yo los tengo del aire que respiras.

MARCELA

¡Pues yo no! Te pido cuentas de por qué no has venido; pero no es que me importe no verte.

ANDRÉS

¡Tantísimas gracias!

MARCELA

¡No te rías! Te quiero; de sobra sabes tú cómo te quiero, que por mi desdicha no lo sé ocultar; ¡ni querría tampoco aunque supiera! ¡Te quiero; te quiero; pero no digo un día, un año que fuese, le pasaría feliz sin verte, sabiendo que me querías tú, y que lo que te apartaba de mi lado era una cosa buena, noble, digna de ti y de mí! Dime la verdad: ¿por qué no has venido? Pero la verdad.

ANDRÉS

¡Ríete tú de verdades! La única verdad es que te quiero; ¿qué más le vas á pedir á un hombre?

MARCELA

¿Dónde has estado anoche?

ANDRÉS

Estuve en Avilés para un negocio y me quedé á dormir; esta mañana mismo vine en el vaporín de la mina. ¿No me crees? Puedes preguntarle á mi madre si he dormido en casa.

MARCELA

Ya sé que no has dormido en casa; mi cuñado tampoco. ¿No te le tropezaste en Avilés?

ANDRÉS

¡Tu cuñado! ¡Adiós mi dinero! ¡Ya te contaron la historia de la Rosarita!

MARCELA

Ya me la contaron.

ANDRÉS

¡Pues te mintieron!

MARCELA

Atrévete á decirme que no has pasado la noche en su casa. ¡Ay, Andrés, Andrés!

Se echa á llorar, escondiendo la cara entre las manos.

ANDRÉS

¡Escenita tenemos! No llores, que me pongo de muy mal humor. ¡Este es un poblacho indecente, lleno de gente chismosa y mal intencionada! ¡Como coja por mi cuenta á la amiguita que te lo contó!...

MARCELA

¡Si eres tú quien debía habérmelo dicho!

ANDRÉS

Te juro que no ha pasado nada de particular. El mamarracho de tu cuñado, que está loco perdido por ésa, y se empeñó en que fuéramos á divertír-sela, porque él no sabe.

MARCELA

¡Andrés, no te rías!

ANDRÉS

Pero yo... vamos. ¡Con la Rosarita! Me ofendes, niña. Tengo mejor gusto, pero mucho mejor que todo eso. Digo, á la vista está...

MARCELA

¡No me toques!

ANDRÉS

¡Eres la mujer más extraña que he visto en mi vida! Y luego te quejas si va uno por ahí á buscar un poco de alivio á las penas. A fuerza de quererte hago yo las tonterías que hago. ¿No me crees?

MARCELA

¡No lo sé!

ANDRÉS

¿Quieres que sea un santo desde mañana mismo? ¿Quieres que me vaya á un convento? ¿Quieres que tomemos veneno los dos esta noche, y nos entierran juntos y así acabamos de padecer? ¿Quieres?...

MARCELA

Quiero que seas un hombre, nada más; un hombre á mi medida.

ANDRÉS

Se hará lo posible, aunque ya es pedir. Pero antes... Quiere darle un beso, para endulzarme los áperos caminos de la virtud...

MARCELA

¡No, y no, y no!

ANDRÉS

Bien; iré á pedir consuelo á cualquiera de tus dulces amigas...

MARCELA

¡Andrés!

ANDRÉS

Tonta, más que tonta! Abrazándola. ¡Si esto es lo único que va uno á sacar de la vida!

AMPARO aparece en la escalera. Marcela se aparta de Andrés rápidamente.

MARCELA

¿Quién viene?

ANDRÉS

Es tu hermana, no te asustes. Buenas noches, Amparo. Digo si está usted guapa y elegante.

AMPARO

¿Ya ha parecido usted?

ANDRÉS

Yo no me pierdo nunca del todo.

AMPARO

¡Pues es lástima!

ANDRÉS

Y si alguna vez me aparto un poquitín del camino, voy siempre en muy buena compañía.

AMPARO

¡Qué poca vergüenza tienen ustedes los hombres!

ANDRÉS

Eso me estaba diciendo esta niña.

AMPARO

¡Y qué tontas somos las mujeres!

ANDRÉS

Eso le estaba diciendo yo á ella.

MARCELA

Más vale que te vayas.

ANDRÉS

Es que me parece que debo saludar á tu padre.

MARCELA

Ya te presentarán luego, en la fiesta del Gobierno civil. Vete.

ANDRÉS

Ya me voy, mujer, ya me voy. Adiós.

Le coge las manos.

MARCELA

¡Adiós!... Oye... que seas buena persona...

ANDRÉS

¡Lo juro!... San Andrés, virgen y mártir. No mire usted á otro lado, Amparito, que no pasa nada. Hasta luego.

AMPARO

Hasta luego.

ANDRÉS

Si yo fuera su marido de usted, no estaría tranquilo con ese traje... y con esos ojos. Vase.

AMPARO

¡Bah! Las dos hermanas se quedan viéndole marchar, y Amparo le despidió con la mano, ¡Es simpático, á pesar de todo!

MARCELA

¡A pesar de todo! Con desaliato.

AMPARO

¿Estáis de monos?

MARCELA

¡Para qué!



AMPARO

¿Qué gusto le sacas á tener novio, si es para estar siempre sufriendo por él?

MARCELA

Pero tú ¿no has querido nunca á un hombre?

AMPARO

Hija: casada estoy, y por mi gusto, y contra viento y marea de todos vosotros; conque si quieres más...

MARCELA

Y queriéndole así... ¿no has sentido nunca el ansia ¡qué digo el ansia!, la necesidad de que, ya que le has dado lo mejor del alma, sea él también lo más alto del mundo y lo más noble de la vida? ¿No has deseado ¡qué poco decir es decir desear!, no has deseado meterle en la sangre tu propio corazón, para que él ¡hombre! realizase, viviendo, todo lo bueno, todo lo grande, todo lo heroico que tú, por la desdicha de ser mujer, tienes que contentarte con soñar? ¿Y no se te ha partido el alma de pena y de asco hacia ti misma al ver que es imposible, imposible, imposible, que no será nunca lo que tú darías la sangre de tus venas porque fuese, y que, á pesar de todo, le sigues queriendo con toda tu alma?

AMPARO

¡El diablo que te entienda!

MARCELA

¡Y que me lleve!

AMPARO

¡Jesús, hija! ¡Si vieras qué cara se te ha puesto!

MANOLO aparece en la puerta de la calle. Viene levemente borracho despeinado y un tanto descompuesto de ropa.

MARCELA

¡Ahí tienes al tuyo!

MANOLO

¡Amparito, Amparito, perdóname; soy un miserable ¿sabes? ¡un mal hombre...! Amparito, perdóname, no me perdones, ten lástima de mí, porque te juro que no soy un granuja, no lo creas, sino un hombre muy desgraciado, pero muy desgraciado...

AMPARO

¡Tú te lo dices todo!

MANOLO

¡Amparito, Amparito, perdóname; dime que me perdonas; dile que me perdone, Marcela!

MARCELA

Amparito, hija mía, perdónale, que es un miserable.

MANOLO

¡Marcela!

MARCELA

Es verdad; no le perdones.

MANOLO

¡Marcela!

MARCELA

Compadécele, que es un desgraciado.

MANOLO

Mucho más de lo que vosotras os figuráis.

AMPARO

No: si nos figuramos bastante.

MANOLO

¡Amparito, no seas cruel, Amparito!

AMPARO

¡Acércate! Dime: ¿de dónde vienes?

MANOLO

¡Amparito!

AMPARO

¡Quita! ¡Apesta á vino!

MANOLO

¿A vino? Te juro que no.

AMPARO

No: si ahora está de moda emborracharse con horchata.

MANOLO

Amparito, no sabes el daño que me haces. ¿Dónde vas, Marcela?

MARCELA

A buscar árnica para las heridas.

MANOLO

¡No te vayas!...

AMPARO

¿De qué te ríes?

MARCELA

De que no hago yo aquí ninguna falta.

MANOLO

Me ofendes, nos ofendes á los dos, porque ya sabes que yo siempre te he querido muchísimo, y te quiero...

MARCELA

Tantísimas gracias.

MANOLO

Aunque ya sé que tú me desprecias, porque me desprecias; dí que me desprecias.

MARCELA

No me da tan fuerte.

MANOLO

Y tú, también tú, también tú... A Amparo.

AMPARO

¡Yo te aborrezco!

MANOLO

¡Amparol Es que no me queréis comprender.  
¡Qué sabéis vosotras, mujeres!...

MARCELA

De los heroísmos de un hombre!

AMPARO

¡Ni falta que nos hace saberlo!

MANOLO

Eso es lo que á mí me desespera, porque me  
desespera. Yo te quiero, Amparito, te quiero, á pe-  
sar de todo, por encima de todo. ¡No te vayas, Mar-  
cela!

MARCELA

Todo sea por Dios.

Se sienta y mira por la ventana.

MANOLO

Y además, que esta vez te juro que no he tenido  
yo la culpa. Cosas de Andrés...

AMPARO

¡Calla!

MANOLO

De Andrés, sí, que está loco por la Rosarita, y se  
ha empeñado...

AMPARO

¡Que te calles, digo!

MANOLO

Se ha empeñado en llevarnos á que la distrai-  
gamos...

MARCELA

Porque solo no sabe, ¿verdad? Con rabia.

MANOLO

¡Toma! ¿Quién te lo ha dicho? Estúpidamente.

AMPARO

¿Pero no te dicen que te calles, idiota?

MARCELA

¡Señor, Señor!

MANOLO

Ya me callo... Pero ¿por qué os ponéis así? ¿Es  
que os habéis propuesto acabar conmigo?

AMPARO

¡No des voces, que nos van á oír!

MANOLO

¿Quién?

AMPARO

Mi madre, mi padre.

MANOLO

¿Tu padre? ¿Pero ha venido ya tu padre?

AMPARO

Naturalmente: ayer por la mañana.

MANOLO

¿Y no estaba yo aquí?

AMPARO

Así parece.

MANOLO

¿Y qué le habéis dicho?

AMPARO

Que... estabas de negocios...

MANOLO

¡Eres un ángel, Amparito, un ángel; y tú también, Marcela! ¡Y yo también! ¿Dónde está tu padre, dónde está? ¡Quiero verle!

AMPARO

¿Dónde vas?

MANOLO

A buscarle, á pedirle también que me perdone, porque soy un mal padre; no, un mal hijo; y tú eres una santa, y además muy bonita, Amparo, muy bonita. ¡Dame un abrazo! ¡Uno solo!

AMPARO

¡Anda, anda! Le arrastra á empujones. ¡Que vienen!

MANOLO

Pero ¿dónde me llevas?

AMPARO

Te he dicho que andandito. Y sin replicar. Subes á tu cuarto y te acuestas, y pobre de ti si te llega á ver nadie hasta que estés curado...

MANOLO

Es que...

AMPARO

¡A tu cuarto, digo!

MANOLO

Ya voy, ya voy... Pero no te me enfades, Amparito...

Vanse. Entran Doña FELICIA y ANITA.

FELICIA

¿Qué voces eran esas?

MARCELA

Manolo que ha vuelto imposible y Amparo se lo lleva para que no lo vea mi padre.

FELICIA

¡Todo sea por Dios!

ANITA

¡Sí que somos una familia!

FELICIA

¡No sé quién diablos habrá inventado esta moda ridícula! Ganas de fastidiar á la gente: que si el sombrero, que si los zapatos, que si los guantes, que si el corsé; y todo aprieta y todo estorba... Cuando me muera, enterradme desnuda, para tener siquiera el cuerpo á gusto.

Entra DON JOSÉ, seguido de JUACO y ERNESTO. Viene ridiculamente vestido de etiqueta.

DON JOSÉ

¿Quién habla de morirse en mi casa?

Vuelve á entrar AMPARO; casi inmediatamente RAMÓN.

AMPARO

Mamá, porque le molesta el corsé.

DON JOSÉ

¡Je, je, je! Hay que sufrir, mi señora doña Felicia, por el bien parecer. Míreme á mí. También el fraque me aprieta un poco en las costuras, y á las

manos les parecen chicos los guantes; pero hay que andar currutaco y dandy, porque el pícaro mundo no cree en la buena gente si no la ve con buena ropa. Además, que está ella muy guapa con esa pollera. Y si no, consuélase mirando al esposo, que á lindo y parejito no le gana esta noche ni el señor Séneca, que decía el niño. ¿No es cierto, mis hijas? Las hijas se le quedan mirando con desolación. ¿No me dicen nada? En marcha, pues; las niñas delante, Ramón con la madre y yo con mi doña Amparo, para que consuele un poco de la viudez... ¿Andamos? Ninguno se mueve. ¿Qué pasa?

Todos se miran y ninguno se atreve á hablar. Al fin, después de muchas miraditas de unos á otros, Anita se decide.

ANITA

Papá: es que...

DON JOSÉ

Hable, mi hija.

ANITA

Es que... pero no se enfade usted.

DON JOSÉ

¡Con ella!

ANITA

No; conmigo, no... Es que... no es nada... que el frac está un poco pasado de moda...

DON JOSÉ

¡Eso no más! Naturalmente: como que lleva seis años en el arca; pero es prenda buena, yo se lo garanto... Doscientos pesos me costó en lo de Jesús Miranda, que no es cualquier cosa...

ANITA

Es que en este pueblo la gente es tan tonta...

DON JOSÉ

Niña: deje decir, que hoy por mañana nadie le ha de dar un real que le falte.

RAMÓN

Anita dice bien, papá.

DON JOSÉ

¡Mi hijo!

RAMÓN

Es muy necia la gente y muy burlona, y al Gobierno civil va lo más... lo más tonto de la provincia. Así es que...

MARCELA

Si no ha traído usted otra ropa...

AMPARO

Sí; más vale...

JUACO

¡Que te quedés en casa! ¡Ay, mi alma, no lo entendiste!

DON JOSÉ

¿Es eso, mis hijos? Ninguno responde. Puede que tengan razón, puede; harémonos fraque á estilo de la tierra, y hasta tanto, mis hijos, quedémonos en casa. Fiestas vendrán en que lucir el garbo, fiestas en que convidemos nosotros para reír á gusto de la ropa ajena. Y hoy por hoy, ¿qué más fiesta que estar todos juntos y todos contentos? ¿No es cierto, mis hijos?

Los hijos, todos, al oír al padre, van cada uno por su lado con gesto de evidente mal humor.

RAMÓN

Es que...

ANITA

Es que nosotros no nos podemos quedar en casa...

AMPARO

Sería una plancha... nos han invitado...

RAMÓN

Y la gobernadora se ofendería con razón... Van á decir...

DON JOSÉ

Más digo yo que dirían de ustedes y de mí si ustedes fueran dejándome á mí en casa. ¿No pensarían que tuvieron vergüenza del padre?